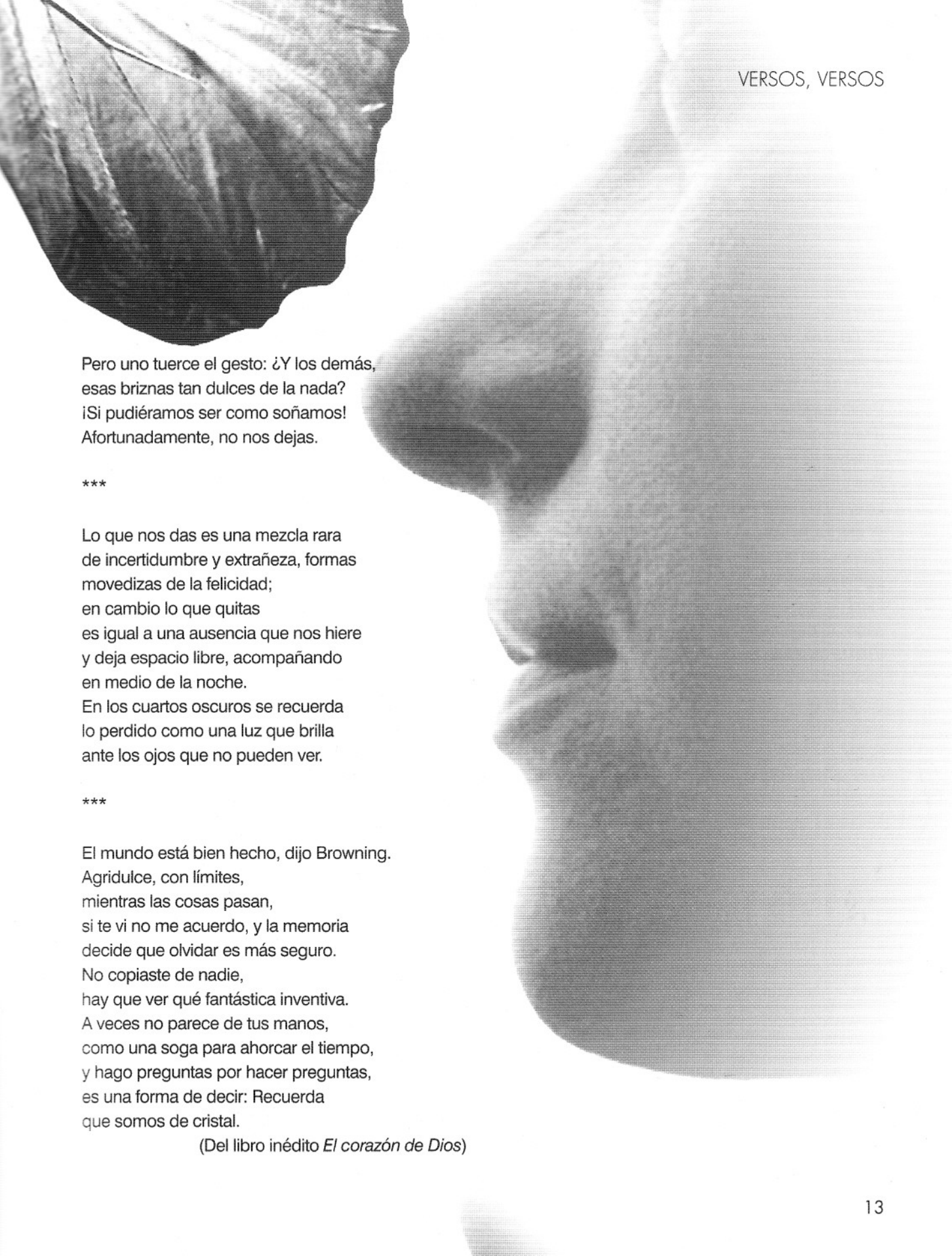


Carlos Pujol

De todas las batallas que acabaron
a la vez con derrota y esperanza
queda un eco de furia
que ya no es de este mundo.
En cuarteles de invierno, cuando el frío
parlamenta amasando con el fuego,
volvemos a contarnos las novelas
vividias que te sabes de memoria.

Aquí donde me ves,
no soy buen perdedor. Me gustaría
no renunciar ni a un átomo de mundo,
como si fuese propiedad privada.
Y a medida que el tiempo va quitando
los adornos superfluos del orgullo,
la impresión es de robo.
Tú, mientras, haces sitio
a la esperanza que no tiene límites,
para que quepa con mayor holgura.



Pero uno tuerce el gesto: ¿Y los demás,
esas briznas tan dulces de la nada?
¡Si pudiéramos ser como soñamos!
Afortunadamente, no nos dejas.

Lo que nos das es una mezcla rara
de incertidumbre y extrañeza, formas
movedizas de la felicidad;
en cambio lo que quitas
es igual a una ausencia que nos hiere
y deja espacio libre, acompañando
en medio de la noche.
En los cuartos oscuros se recuerda
lo perdido como una luz que brilla
ante los ojos que no pueden ver.

El mundo está bien hecho, dijo Browning.
Agridulce, con límites,
mientras las cosas pasan,
si te vi no me acuerdo, y la memoria
decide que olvidar es más seguro.
No copiaste de nadie,
hay que ver qué fantástica inventiva.
A veces no parece de tus manos,
como una sogá para ahorcar el tiempo,
y hago preguntas por hacer preguntas,
es una forma de decir: Recuerda
que somos de cristal.

(Del libro inédito *El corazón de Dios*)